

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO EN LOS ORÍGENES DE LOS ESTUDIOS BIZANTINOS

*Miguel Ángel Teijeiro Fuentes
Universidad de Extremadura*

INTRODUCCIÓN

Cuando en los comienzos de la ya lejana década de los ochenta del siglo pasado inicié mi andadura investigadora enfrascado en el estudio de la Novela Bizantina Española y, más concretamente, del universo literario del *Clareo y Florisea* de Alonso Núñez de Reinoso, el panorama crítico sobre este género resultaba ciertamente desolador, tanto más si lo comparamos con el interés que habían despertado otros modelos narrativos afines.

Apenas si contábamos con media docena de libros y artículos, breves referencias esparcidas por aquí y por allá, y después una ausencia de materiales a los que acudir. Parecía evidente que, en oposición a otros esquemas narrativos del Siglo de Oro, la llamada Novela Bizantina ofrecía un escaso interés, sorprendente si tenemos en cuenta que entre sus más acérrimos cultivadores se encontraban dos de los escritores más destacados de este periodo. Aun así, en el caso de Cervantes primaba el lógico valor literario de su inmortal *Quijote*, y en el de Lope de Vega tanto su lírica como su teatro habían oscurecido, como era de suponer por otra parte, su faceta de narrador.

Así pues, frente a las novelas de caballerías, y en oposición a los relatos picarescos y los libros de pastores, incluso en desigual contraste con las narraciones sentimentales o moriscas, las novelas bizantinas se encon-

traban relegadas a un segundo plano, casi olvidadas, a la espera de los rigurosos y exhaustivos estudios que afortunadamente irían viendo la luz con el tiempo.

Por todo ello, los estudios de don Marcelino Menéndez Pelayo sobre el género, a la cabeza de un reducido grupo de investigadores a los que nos referiremos más adelante, nos sirvieron a muchos de obligada referencia y necesario punto de partida para un conocimiento más apropiado y certero del mismo. Y si bien con el paso del tiempo hemos ido descubriendo algunas lagunas y despistes en su obra –inevitables por otra parte en quien se afanó por desbrozar con escasos medios el panorama de la literatura española áurea, desde la novela al teatro, sin olvidar la lírica–, la lectura detenida de sus páginas nos ha permitido aprovecharnos de sus atinados juicios, de su inabarcable bagaje cultural y de su fina intuición de investigador. Su aportación a la literatura española, si bien por fortuna revisada y superada con los años, debe considerarse, sin embargo, ejemplar y decisiva.

Su nombre aparece ligado, pues, a los estudios de la novela española a través de sus *Orígenes de la novela* (Madrid, CSIC, 1943, págs. 3-88), aparecidos entre los años 1905 y 1915. El tomo segundo de esta inacabada colección se iniciaba con un capítulo, el VI, dedicado al estudio de la Novela Sentimental y la Novela Bizantina de Aventuras. Es muy probable que la escasa atención dedicada a la segunda –apenas dieciocho páginas que contrastan con las casi setenta que emplea para la primera– explique la estructura de este capítulo compartido y confirme el olvido al que me refería más arriba.

Antes de adentrarme en terrenos más farragosos, quisiera llamar la atención acerca del epígrafe preferido por don Marcelino para referirse a un género por entonces prácticamente desconocido. Con el término «Novela Bizantina» se apostaba por la estrecha relación existente entre los modelos de la antigüedad clásica y la tradición hispana, como más adelante veremos. De otra parte, la incorporación del sustantivo «Aventuras» añadía un concepto más integrador y moderno. A partir de la acuñación del término, los historiadores de la literatura han ido matizando la propuesta del maestro, respetando en buena medida su esencia última. De este modo, como iremos comprobando en las siguientes páginas, hay quienes hemos preferido seguir refiriéndonos a este grupo de relatos como «Novela Bizantina» [E. Carilla (1966); J. Rovira González (1996); o yo mismo (1988)], mientras otros se han decantado por otros epígrafes que consideran más ajustados al significado último de estos relatos: «Novela amatoria» dice de ellos B. C. Aribau (1846); «novela amorosa de aventuras»

los llama L. Pfandl (1933); «libros de aventuras» los bautiza J.B. Avalle-Arce (1969); «libros de aventuras peregrinas» le parece más apropiado a F^o. López Estrada (1980) o A. Cruz Casado (1989); «novela española de peregrinación» las designa E.I. Deffis de Calvo (1999), en el convencimiento de que lo propiamente «bizantino» se refiere a composiciones más medievales, y mayormente en verso, que aúnan otras tradiciones occidentales.

Con aguda intuición, don Marcelino comienza su estudio del género estableciendo una serie de coincidencias y paralelismos que le permiten entroncar la novela sentimental con la bizantina. En este sentido, desarrolla un argumento que será repetido en los estudios posteriores, según el cual la Novela Bizantina suponía un intento de superación del estatismo Sentimental, carente de acción y escaso de enredo, pero desdeñaba las exageradas e inverosímiles aventuras que tanto disfrutaban en los Libros de Caballerías. De este modo, el relato bizantino vendría a llenar un hueco indispensable en el panorama narrativo de la época merced a la mezcla de aventuras verosímiles con intrigas sorprendentes resueltas finalmente de manera feliz.

El nexo de unión que Menéndez Pelayo establece entre el género Sentimental y el Bizantino, y que da cohesión al capítulo, tiene que ver con aquellos relatos sentimentales más renacentistas que comparten motivos con los bizantinos más tempranos. En concreto, se refiere al *Peregrino y Ginebra* de Hernán Díaz, traducción del *Peregrino* de Jacobo Caviceo, y al *Lucíndaro y Medusina* de Juan de Segura, ambos presentes en la *Selva de aventuras* de Jerónimo de Contreras. Casi medio siglo después, en el citado libro de J. González Rovira se advertía de idénticas conexiones entre ambos géneros a partir de las dos citadas novelas sentimentales, si bien en este caso su autor las relaciona con el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso.

De manera espontánea y no deliberada, don Marcelino proyectaba el tema de la peregrinación como uno de los motivos fundamentales del género, adelantándose así a una corriente crítica que años más tarde ha profundizado en este asunto con más detenimiento y rigor. Cabe citar, por ejemplo, el excelente trabajo de A. Vilanova (1949, publicado más recientemente en 1989), quien esboza la trayectoria y analiza el significado del tipo del «peregrino», fundamentalmente para entender el paso del héroe clásico, errante y apátrida, al héroe más ascético y ejemplar del Siglo de Oro español, romero a la búsqueda de la purificación espiritual y asiduo visitante de los lugares sagrados (Guadalupe, Montserrat, el Pilar, Roma o Loreto).

Años después, E. I. Deffis de Calvo daba a la luz su citado trabajo sobre *Viajeros, peregrinos y enamorados*, que venía a ser un resumen de su

Tesis Doctoral inédita y presentada en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1991: *El tema del viaje del alma en una novela de Lope de Vega: El peregrino en su patria*. Su estudio desarrollaba el motivo del viaje en los relatos bizantinos españoles de este siglo (en concreto, *El peregrino en su patria*, el *Persiles* y el *Criticón*), en la seguridad de que este motivo estructurador del relato permitía dotar a sus protagonistas de la consideración de auténticos «peregrinos» atendiendo al espíritu de la Contrarreforma. A esta línea de investigación ha sumado la autora otro aspecto esencial de estos relatos, la configuración del espacio y del tiempo, que ella estudia a partir del concepto de «cronotopo» desarrollado por la poética histórica de M. Batjin (1978). Bajo esta perspectiva caben entenderse sus artículos (1990 y 1992).

1. LA NOVELA BIZANTINA ANTE LA TRADICIÓN CLÁSICA: HELIODORO Y AQUILES TACIO

El estudio de Menéndez Pelayo sobre la Novela Bizantina continúa interesándose por los orígenes del género, razón por la cual debe remontarse al mundo de la antigüedad clásica de la mano de Heliodoro y Aquiles Tacio, advirtiéndole de su innegable éxito en la cultura europea del Renacimiento.

A don Marcelino le corresponde el honor de desempolvar para el siglo XX el *Teágenes y Cariclea* de Heliodoro, modelo indispensable del género en España merced a las diferentes traducciones al castellano que corrieron a lo largo del siglo XVI, siendo de lamentar la pérdida de la más valiosa, en su opinión la emprendida por el humanista Francisco de Vergara. No duda en dar su parecer sobre posteriores ediciones, desde la «incorrecta» y «galicana» del «secreto amigo de la patria» (Amberes, 1554) hasta la más atinada de Fernando de Mena (Alcalá de Henares, 1587), y confiesa su imposibilidad para consultar la edición dieciochesca de Manuel de Castillejo (Madrid, 1722). Además, sugiere algunos datos y fichas acerca del particular interés que este libro despertó en algunos escritores de la época, citando las comedias de Calderón y Pérez de Montalbán, *Los hijos de la fortuna* y *Teágenes y Clariquea* respectivamente.

Por contra, menor interés despierta en él el recuerdo del *Leucipe y Clitofonte* de Aquiles Tacio, el otro relato bizantino que influiría decisivamente en el nacimiento del género en España. Tanto la traducción de Quevedo, como la de Ágreda y Vargas, carecen, en su opinión, de valor y originalidad, pues el libro ya era conocido en Europa gracias a sendas tra-

ducciones al italiano: la incompleta de 1546, los *Amorosi Ragionamenti* de L. Dolce, fuente directa del *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso, y la completa de Anibal Coccio de 1551, también ligada a la obra del alcarreño.

Es probable que don Marcelino tuviera presente para sus notas algunos de los datos manejados por J. L. Estelrich (1900: 27-40), una especie de epístola laudatoria dirigida a don Juan Valera –maestro y amigo de nuestro crítico desde el tribunal de oposición para la cátedra a la Universidad de Madrid hasta su tertulia casera– en la que su autor se centra en la influencia de la narración de Heliodoro, aportando algunos datos que hoy resultan poco fiables o han sido descartados como posibles. Junto al trabajo de J. L. Estelrich, también parece plausible su deuda con el hispanismo alemán y americano en lo que se refiere al rastreo de ediciones de Heliodoro en el siglo XVI. Su redescubrimiento de Heliodoro y Tacio significó un indudable interés entre la crítica y una curiosa necesidad por volver sobre sus narraciones.

Dos ejemplos de lo que venimos diciendo son los trabajos de A. Martín Gabriel (1950) y, poco tiempo después, de F^o. López Estrada (1954). El primero retomaba la profunda huella dejada por las *Etiópicas* en la narrativa española, sobre todo en autores como Lope, Cervantes y Gracián. En su opinión, el idealismo heliodoriano casaba muy bien con las ansias de aventuras y con la filosofía místico-platónica predominante en la época. El segundo, sorprendido por la aparición del trabajo anterior cuando su edición se encontraba en imprenta, realiza un exhaustivo análisis de la difusión del libro de Heliodoro por Europa. López Estrada establece con todo lujo de datos y citas la repercusión de Heliodoro en la literatura española de los siglos XVI y XVII, superando y enmendando con mucho la primera aproximación llevada a cabo por don Marcelino.

En la misma línea divulgadora cabe mencionar el interesante artículo de E. Carilla (1966) y su análisis sobre la importancia y difusión del género en Europa. La novedad de este trabajo consiste en ofrecernos una somera relación de los constituyentes básicos del género bizantino, propuesta que, a partir del desarrollo de la teoría de los géneros planteada en nuestra literatura para el *Lazarillo* por F. Lázaro Carreter (1973), ofrecía una línea de investigación para los trabajos posteriores. El propósito de A. Rey Hazas (1982) por aproximarse a las poéticas de los géneros narrativos más idealistas, excepción hecha de la Picaresca y la Cortesana, ha propiciado la aparición de estudios más específicos y densos sobre la estética bizantina.

Véanse, por citar tan sólo algunos ejemplos destacados, los trabajos de A. L. Baquero Escudero (1990), que perfila algunos de los constituyen-

tes más sobresalientes en la evolución y consolidación del género; de A. Cruz Casado (1993), que proyectó el género hasta los confines del siglo XVIII, renovándolo y actualizándolo con nuevos títulos; de S. Fernández Mosquera (1997), que confirma la estética bizantina en las novelas iniciadoras del género; o de mi libro, en prensa, *La novela española del Siglo de Oro (Apuntes para una revisión de los géneros narrativos)*, que pretende una aproximación a la narrativa de esta época a través del análisis de los constituyentes fundamentales de los géneros, y que incluye un capítulo dedicado al bizantino, estudiando sus fuentes, componentes, constituyentes y evolución.

El inesperado interés por las narraciones de la antigüedad clásica a partir del descubrimiento de Heliodoro y, en menor medida, de Tacio, apunta ya a la aparición de tres excelentes introducciones a la prosa narrativa y la cultura clásica, estudios que vendrían a clarificar el panorama sobre el nacimiento y la evolución del género. Me estoy refiriendo a tres libros de consulta imprescindible, como son los de C. Miralles (1968), M^a. R. Lida de Malkiel (1975) y C. García Gual (1988).

Paralelamente a la curiosidad suscitada por la crítica, debemos destacar también el fructífero proceso editorial que permitió al lector interesado conocer de primera mano estos relatos de la antigüedad clásica. A la excelente edición de las *Etiópicas* llevada a cabo por F^o. López Estrada, se añaden otros intentos que con mayor o menor fortuna avivan el interés por el género. Ahí están los esfuerzos innegables de J. B. Bergua por actualizar a los clásicos (1965a, que incluye las *Etiópicas*, el *Leucipe* y la anónima *Kallímachos y Chrisorroé*, 1965b, con la publicación del *Chaireas y Kallirroé* de Charitón de Afrodiasias, *Las Efesíacas* de Jenofonte de Éfeso o el *Daphnis y Cloe* de Longo, entre otras; y 1964, en donde podemos leer el *Satiricón* de Petronio, *El Asno de Oro* de Apuleyo y la *Luciada* de Luciano) y las ediciones críticas de C. García Gual y J. Mendoza sobre el *Quereas y Calirroé* de Caritón de Afrodiasias y *Las Efesíacas* de Jenofonte (1979) y de M. Brioso y E. Crespo en su traducción al español del *Leucipa y Clitofonte* de Tacio (1982).

2. EL CLAREO Y FLORISEA DE ALONSO NÚÑEZ DE REINOSO

Si importante resultó el descubrimiento en los *Orígenes de la Novela* de las figuras de Heliodoro y Aquiles Tacio como modelos para los escritores y preceptistas del Siglo de Oro, con el Pinciano a la cabeza, no menos desta-

cada fue su reivindicación del *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso, considerada desde ese mismo momento como la novela que inicia la andadura del género bizantino en la literatura española. El relato del alcarreño se podía leer en la imprescindible, pero incompleta (faltan los Preliminares) y fastidiosa para la vista, Biblioteca de Autores Españoles (Aribau: 1846: III: 431-68, y en las posteriores ediciones del siglo XX de 1944 y 1975), en un desigual y hoy día polémico volumen que don Buenaventura C. Aribau tituló *Novelistas anteriores a Cervantes*, y en el que cabían desde *La Celestina* de Rojas a *El Patrañuelo* de Timoneda o *Las guerras civiles de Granada* de Pérez de Hita. El olvido de la novela de Núñez de Reinoso se vería reparado por mi edición del texto (1991) y, años después, por una nueva edición crítica a cargo de J. Jiménez Ruiz (1997a).

Menéndez Pelayo comenzaba su estudio sobre el *Clareo y Florisea* a partir de los Preliminares de la obra, aceptando a pie juntillas la confesión de su autor en carta dirigida a su protector, don Juan Micas, quien afirmaba que su libro imitaba la traducción italiana, los *Razonamientos de amor* de L. Dolce, de un texto clásico incompleto, pues comenzaba a partir del libro quinto. Núñez de Reinoso, sin citarlo, se estaba refiriendo al *Leucipe y Clitofonte* de Tacio. De este modo, el modelo clásico había sido imitado indirectamente por el escritor español a partir del libro quinto, esto es, de la llegada a Alejandría de sus protagonistas. Años después, como cabía esperar de una obra tan vasta, los juicios de don Marcelino fueron matizados y corregidos. En lo que se refiere al proceso de imitación, fue S. Zimic quien vino a rechazar su planteamiento. El hispanista americano presentó su Tesis Doctoral en la Universidad de Duke en 1964, un trabajo que analizaba el influjo ejercido por Tacio y Núñez de Reinoso en la configuración episódica del *Persiles* cervantino.

Como quiera que Menéndez Pelayo se había convertido en consulta imprescindible y cita obligada, S. Zimic (1967) quiso aclarar algunas lagunas de su trabajo y rescató aquellos pasajes del relato del alcarreño que demostraban una lectura más detenida de la obra completa de Tacio, que aquel pudo haber leído a través de la cercana y completa traducción italiana del *Leucipe* hecha por Anibal Coccio en el año 1551. En esta misma dirección, yo también intenté aportar mi granito de arena en un artículo que entonces titulé, a lo que creo ahora, de manera excesivamente contundente: «*Clareo y Florisea* o la historia de una mentira» (1984), en el que me alineaba con la tesis defendida por S. Zimic que, sin embargo, tampoco ha contado con el refrendo unánime de la crítica.

La lectura detenida de la novela del alcarreño llevó a don Marcelino a emprender un rápido, pero agudo, resumen argumental de la misma y a des-

tacar las adiciones y supresiones de ésta con respecto al *Leucipe* de Tacio, para concluir afirmando que «la novela bizantina [«del clásico»] no salió empeorada de sus manos [«de las del español»]». Estimaba Menéndez Pelayo la supresión por parte del alcarreño de las molestas y continuas digresiones de Tacio, su manejo más ágil en la caracterización de los personajes, su enconada defensa de la castidad de la pareja, su preocupación por adecuar el relato clásico a la edad moderna..., de la misma manera que lamentaba la omisión de algunos pasajes que podían haber contribuido a mejorar la trama, como los juramentos de virginidad de las protagonistas femeninas.

Su vasta cultura le permitió, además, aportar aquellos modelos literarios que se escondían bajo el relato de Reinoso. Así, encuentra las huellas del *Hipólito* de Séneca, el «*Beatus ille*» de Horacio y la *Eneida* de Virgilio, para la antigüedad clásica, y no duda en subrayar el influjo más moderno de los «*novellieri*» italianos, con Bandello a la cabeza, y la inevitable huella de los relatos caballerescos que tan poco le agradaban, a los que yo añadiría el recuerdo de los *Tristia* de Ovidio, el *Enquiridión* de Erasmo o el *Florisel de Niquea* y la *Menina e moça* de sus amigos Feliciano de Silva y Bernardim Ribeiro respectivamente.

Lector atento e intuitivo, Menéndez Pelayo advirtió la presencia en el *Clareo* de ciertos episodios que sólo podían ser explicados desde la perspectiva biográfica del autor, como la descripción de la vida cortesana de la Italia de la época trasladada a la Ínsula Deleitosa, o la inesperada sátira al convento español dirigido por monjas de apellidos ilustres y familiares. De ahí que, tras el análisis general de la novela, don Marcelino dedicara un breve apartado a recomponer la biografía de Núñez de Reinoso, sobre todo a partir de los datos extraídos de su obra poética: su nacimiento en Guadalajara, sus estudios en Salamanca, su amistad con Feliciano de Silva, su relación con don Juan Hurtado de Mendoza y con don Juan Micas, su estancia en Italia...

Menéndez Pelayo desconocía, sin embargo, la importancia capital de don Juan Micas, y de su tía, doña Gracia Nasi, entre la comunidad judeoconversa española y portuguesa, y, por tanto, no intuyó tampoco la relación que Núñez de Reinoso mantuvo con sus mecenas. Para él, la estrambótica peregrinación de Isea en compañía del caballero Felesindos, una vez que se despidió de Clareo y Florisea y comienza su extraña peregrinación, resultaba un añadido innecesario que abandonaba la senda bizantina de Tacio. De ahí que pase por alto buena parte de la misma.

Años después, con meticulosa paciencia, C. H. Rose (1971) nos deleitó con un trabajo que ofrecía algunas claves de nuestro autor que, si bien no

llegaban a explicarnos el sentido último de su novela, al menos nos permitían entenderla desde una perspectiva novedosa e inesperada: Isea sería Núñez de Reinoso, y su melancólica peregrinación la del propio autor por tierras de Portugal, Países Bajos e Italia hasta acabar no se sabe dónde.

La contribución de C.H. Rose es deudora del acierto de trabajos como los de C. Michaëlis de Vasconcelhos (en su estudio de las *Obras* de B. Ribeiro y C. Falcao, Coimbra, 1923, t. I), M. Bataillon (1954) o E. Asensio (1971), quienes habían adelantado algunas de las líneas básicas de la investigación de la hispanista americana.

Aun así, Menéndez Pelayo prefiere al Núñez de Reinoso narrador antes que al poeta (véase mi edición de su *Obra poética*, 1997), de ahí que sus juicios sobre él sean favorables y ecuanímenes, y de que no dude en concluir su análisis del *Clareo* destacando que goza del mérito de ser la primera novela europea en seguir la senda de la antigüedad clásica, adelantándose casi medio siglo a la del seudo Atenágoras.

Dirigido por J. Cañas, mi primer trabajo de investigación se inició en el año 1984 con una Memoria de Licenciatura (*Clareo y Florisea en los orígenes de la novela bizantina*, Cáceres, UNEX, 1984) que, tres años después, culminó con mi Tesis Doctoral presentada en la Universidad de Extremadura: *Clareo y Florisea de Núñez de Reinoso: texto y contexto de una historia olvidada*. No sé si fue el irrepitible título del relato del alcaarreño (*Los amores de Clareo y Florisea y los trabajos de la sin ventura Isea, natural de Éfeso*) o la necesidad de presentar una lectura más rigurosa y agradable a la vista de este texto bizantino, el caso es que mi aproximación al género de la mano de los *Orígenes de la novela* me animó a publicar un modesto volumen (1988), hoy día afortunadamente superado, que quiero pensar contribuyó a renovar el interés por los estudios bizantinos a partir del análisis de sus autores, de la recepción de las obras y de la crítica de las mismas.

Mi mirada breve y panorámica explicaba la ausencia de un estudio más general sobre las etapas del género, su proceso de evolución y degeneración a partir de la publicación del *Persiles* cervantino. Por fortuna, estas lagunas fueron felizmente solventadas en trabajos posteriores y muy cercanos en el tiempo al mío. Así, la Tesis Doctoral inédita de A. Cruz Casado, presentada en 1989 en la Universidad Complutense de Madrid bajo la dirección de F^o. López Estrada, ofrece en su primer volumen un exhaustivo repaso de la historia del género, advirtiendo del interés de otros relatos, como *Eustorgio y Clorilene* de Suárez de Mendoza, *Hipólito y Aminta* de F^o. Quintana, *Semprilis y Genorodano* de E. de Zúñiga o la anónima *Angelia y Lucenrique*, de la que realiza una edición crítica, y recogien-

do otros más tardíos, como los dieciochescos *Liseno y Fenisa* de Párraga Martel y *Narciso y Filomela* de Martínez Colomer.

Años después, apareció publicado el brillante trabajo de J. González Rovira (1996), un resumen en forma de libro de su Tesis Doctoral, *La novela bizantina española. Características y desarrollo*, presentada en Barcelona en 1994 bajo la dirección de R. Navarro Durán. Su autor, siguiendo un riguroso criterio cronológico, nos ofreció una detallada evolución del género, apostando a su vez por nuevos relatos para incluir en la nómina bizantina, como el *León prodigioso* o el *Entendimiento y verdad*, ambos de Gómez de Tejada, en una versión más alegórica y moralizadora del género.

La nómina sigue aún hoy día abierta para el análisis y el debate. Relatos como el *Español Gerardo* de Céspedes y Meneses, la *Historia tragicómica de don Enrique de Castro* de Loubayssin de Lamarca, o los *Escarmientos de Jacinto* de Funes de Villalpando, por citar algunos ejemplos, se alinean en torno a la órbita bizantina y ofrecen una estética muy semejante, sin olvidarnos de aquellos otros «relatos bizantinos en miniatura» que pueblan el panorama narrativo del siglo XVII.

3. LA SELVA DE AVENTURAS DE JERÓNIMO DE CONTRERAS

Continúa Menéndez Pelayo su recorrido por la evolución del género bizantino español con el análisis de la *Selva de aventuras* (Barcelona, 1565) de Jerónimo de Contreras, cuyo éxito editorial celebra en nota a pie de página, detallando las numerosas ediciones que de esta novela fueron apareciendo a lo largo de los siglos XVI y XVII, algunas de ellas traducidas a la lengua francesa. En este sentido, destaca el lacónico comentario, casi revelación pues carece de cualquier justificación previa, acerca de la improbable existencia de una edición anterior a la barcelonesa, que sería la edición príncipe. Desconocemos cuáles fueron los motivos que le llevaron a sugerir tal posibilidad, pues nada nos dice sobre los mismos y, que sepamos, dicha edición sigue sin aparecer y, por tanto, a día de hoy no existe.

Su detenida lectura del relato de Contreras se advierte en el meticoloso resumen argumental y el análisis de sus episodios más relevantes, que acompaña con pasajes enteros extraídos del mismo. Para ello, don Marcelino confiesa en nota a pie de página haber consultado un volumen de la edición de la *Selva de aventuras* publicado en Bruselas por Juan Mommarté en 1592, raro ejemplar del que ni siquiera había dado cuenta Salvá en su *Catálogo* (Valencia, 1872).

Parece ser que le desagradaban los anacronismos de la obra, que ponían en entredicho la condición de «cronista» de su autor, aunque los justifica atendiendo al gusto de los lectores de la época. Por el contrario, prefirió resaltar los aciertos más notables (la sencillez argumental, el trazado de algunos personajes, la inclusión de églogas representables y la variedad episódica o la aventura del cautiverio argelino de Luzmán, antecedente del tema en obras posteriores) y no duda en transcribir por extenso el momento final en el que los enamorados –Luzmán y Arbolea– se reencuentran después de tantos años de separación. No pudo entender nuestro crítico, hombre de talante conservador y firmes ideas religiosas, que un desenlace tan delicado como éste y una obra tan grave e intachable pudiera haber merecido su condena e inclusión en el *Índice expurgatorio* de Quiroga de 1583.

Ciertamente, el ascetismo que se respira en esta obra hace difícil comprender tal decisión. La peregrinación amorosa de Luzmán se torna en purificación espiritual a lo largo de un viaje intenso, cargado de experiencias humanas y de sueños sobrenaturales, cuando Luzmán, inconsciente, descubre que su amada se ha casado con un ser de extrema belleza y bondad, que resultará ser Dios, pues Arbolea ha decidido entregarse a Él a través de la vida monástica.

Tal vez fue este exagerado arrebató místico, tal vez la estrecha confianza que llegan a tener los antiguos enamorados, convertida ella en monja y él en un ermitaño que se construye una habitación cerca del convento para poder verla y hablar con ella de lo humano y lo divino, acaso, como coinciden en señalar J. K. Gardner, en su Tesis Doctoral de 1979 de la que hablaremos más adelante, o A. Navarro (1990), se tratara de una insinuación muy sutil del protagonista al final del relato y de la que podría desprenderse que su acatamiento a los deseos de Arbolea y su aceptación de la vida eremítica es consecuencia de su rechazo amoroso, y no de una decisión consciente y meditada..., el caso es que los censores no vieron con buenos ojos algunos episodios de la historia.

Mención especial le merece a don Marcelino el capítulo de las fuentes literarias, de las que entresaca el *Libro Félix* de Raimundo Lulio, en lo que se refiere al esquema de composición, y el *Peregrino y Ginebra* de Hernán Díaz, en lo que respecta a su argumento. Por otra parte, su desenlace final adelanta, en su opinión, algunas claves estéticas del Romanticismo, y recuerda obras como *El caballero de Togenburg* de Schiller o el *Ermitaño de Montserrat* de Piferrer. Hoy día parecen evidentes también otras huellas (la poesía de Ausias March, las églogas de Encina) y tradiciones literarias, desde el fatalismo de los relatos sentimentales (con el *Siervo libre de amor*

de Rodríguez del Padrón y la *Queja y aviso* de Juan de Segura) hasta el estatismo de los libros de pastores o el estoicismo del cautivo Abindarráez.

El apartado referido a la *Selva de aventuras* concluye con una breve semblanza del autor, para la cual retoma algunos datos extraídos de los Preliminares de sus libros y se vale de la autoridad de B. J. Gallardo, cuyo *Ensayo de una biblioteca de libros raros y curiosos* (1968: I: 563) le permite recoger otra obra de Contreras, su *Vergel de varios triunfos*, impreso con el título de *Dechado de varios sujetos* (Zaragoza, 1572).

Las escasas referencias a la vida de Jerónimo de Contreras y las aportaciones argumentales sobre su obra suponían un valioso e imprescindible punto de partida para el estudioso interesado en el tema y explicaban la ausencia casi total de referencias sobre este autor. Acaso podría haber seguido el insigne polígrafo algunas de las sugerencias aportadas por Buenaventura C. Aribau en su edición de la novela –en el mismo tomo III de la BAE en el que también había aparecido el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso– en donde consideraba a nuestro autor natural del Reino de Aragón, un zaragozano que se dedicó a recorrer las cortes europeas al servicio de Felipe II, de quien fue Capitán y Cronista.

Ha tenido que transcurrir algún tiempo para encontrarnos con una primera aproximación, en ocasiones poco esclarecedora, pero al menos rigurosa y crítica. Como en el caso de Núñez de Reinoso, ésta procede del hispanismo americano. Si primero fue J. D. Williams (1956) quien recorrió los escenarios biográficos de Contreras por tierras de España, Italia y Portugal a través de las noticias referidas por éste en su *Dechado de virtudes*, en 1985 apareció el estudio de J. K. Gardner (1985), fotocopia de su Tesis Doctoral que con el mismo título había presentado en 1979 en la Universidad de Kentucky. En ella se insiste en el origen aragonés de Contreras y se acompaña cada uno de sus pasos por las cortes españolas (Valencia, Sevilla, Toledo, Madrid) y europeas (Roma, Nápoles, Viseo, Coimbra).

La dimensión eminentemente académica de la novela de Contreras explica su reducido círculo de difusión y estudio. Como ocurriera con el *Clareo* de Núñez de Reinoso, la *Selva de aventuras* ha encontrado un eco destacado en los ambientes universitarios. Así, en 1962, bajo la dirección de J. M. Blecua, M^a. C. Estrany Delsors leía en la Universidad de Barcelona su Tesis Doctoral titulada *Selva de aventuras y el problema de sus ediciones*; años después, en 1985, M^a. O. Rubio Hernández encaraba el análisis de nuevos aspectos del relato de Contreras en su Memoria de Licenciatura presentada en la Universidad de Extremadura bajo la dirección de R. Senabre: *La Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras*. Por último, en 1993, ahora en la Universidad Complutense de Madrid, U. Cerezo Rubio presentó su traba-

jo de investigación *Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras: edición y estudio crítico*, dirigido por A. Vian Herrero. Desgraciadamente, estos trabajos permanecen inéditos y apenas si sabemos de ellos poco más que sus títulos e intenciones primeras.

Como advirtiera Menéndez Pelayo, parece evidente que la dimensión espiritual del relato de Contreras es su nota más sobresaliente y el marco compositivo desde el que se explica. La condición de Luzmán, su protagonista, enamorado desdeñado primero, turista después, peregrino asceta más tarde y, por último, ángel de la guarda dotado de rasgos sobrehumanos, explica asimismo el significado profundo de la novela. A. Vilanova lo supo ver muy bien desde el primer momento en su estudio sobre la caracterización del tipo del «peregrino» literario (1949), ya citado más atrás al referirnos al *Clareo*.

Instalada en los rígidos preceptos de la moral contrarreformista, defensora a ultranza del neoplatonismo reinante, pero deudora a su vez de las corrientes más estoicas, don Marcelino recomendó la lectura de la *Selva de aventuras* y defendió sus valores actuales. Otros, es el caso de B. N. Davis (1982), se aventuraban en la defensa de una tesis según la cual el amor divino presidía la novela y demostraba su poder frente a su dimensión más humana.

Sin embargo, como ocurriera también con el *Clareo*, Menéndez Pelayo no llegó a conocer el que sería en estudios posteriores el problema más complejo que la novela presentaba, y, por tanto, omitió su análisis: la existencia a lo largo de los siglos XVI y XVII de dos versiones distintas de la *Selva de aventuras*, una dividida en siete libros y la otra con el añadido de dos nuevos libros, los dos últimos. La historia bibliográfica de estas dos versiones pasó desapercibida para el insigne filólogo y sería apuntada años después por M^a. L. Tubini (1975) y estudiada por R. H. Kossoff (1980) y por mí mismo (1987), entre otros.

Las razones de semejante olvido me resultan ciertamente desconocidas. Como ya dijimos más arriba, don Marcelino conocía el relato de Contreras a través de la edición de Bruselas de 1592. Sin embargo, a la hora de proporcionarnos noticias sobre el éxito editorial de la misma y sus diferentes reediciones, Menéndez Pelayo cita a pie de página dos de ellas que debían haber despertado su curiosidad. Me refiero a la edición de Alcalá de Henares de 1588 «Con notables adiciones y cambiando el desenlace. Contiene nueve libros», y la edición de Murcia de 1603 que «Va repartida en nueve libros y añadida por el autor». Se trataba de dos ejemplares en los que se aludía a una evidente transformación de la novela del escritor aragonés. De hecho, en la primera de ellas se nos advierte del cambio en el

desenlace, circunstancia que sin duda debiera llamar la atención de cualquier lector atento. En esas nuevas reediciones, y en algunas otras que no reseña, la novela de Contreras no concluía con el regreso de Luzmán a Sevilla y su reclusión religiosa. ¿Cómo había decidido entonces Contreras terminar su relato?

Ninguna referencia, ningún comentario. Parece evidente que Menéndez Pelayo pasó por alto las citadas advertencias y que, en su afán por demostrar la popularidad del relato, no se percató de los cambios producidos y, por tanto, desatendió este problema. Sin saberlo, cuando se preguntaba acerca de las razones que habían llevado al inquisidor Quiroga a censurarla, estaba adelantando una posible explicación a la aparición de la *Selva* en nueve libros. Así, J. B. Avallé-Arce (en su *Prólogo a El peregrino en su patria*, 1973), primero, y J. K. Gardner, en su citada Tesis Doctoral, después, sugerirán años más tarde la posibilidad de que las modificaciones realizadas por Contreras tuvieran que ver con sus intentos por burlar el rígido criterio de las autoridades censoras, argumento que, sin embargo, rechaza J. González Rovira en su estudio de la novela.

La existencia de una *Selva* en nueve libros parece explicarse mejor desde la perspectiva literaria, un aspecto que también, de manera sutil, había sugerido desde el principio Menéndez Pelayo. Éste, al comienzo de su análisis de la *Selva*, se refería a ella como una novela «Más independiente de los modelos bizantinos», y, en efecto, así parece ser. Es evidente que la peregrinación de Luzmán por el mundo nada tiene que ver con las aventuras de Clareo, ni siquiera, aunque su relación sea más estrecha, con la de Pánfilo en *El peregrino en su patria* o la de Periandro en el *Persiles*. De hecho, A. Durán, en un estudio que lleva el significativo título de *Estructura y técnicas de la novela sentimental y caballeresca* (1973), sitúa a la *Selva* de siete libros en la órbita de los relatos sentimentales, aunque «vuelta a lo divino», como ocurriera con las novelas de caballerías o los libros de pastores, incluyéndola, junto al *Clareo*, en la etapa de descomposición del género sentimental.

La clave que explica la aparición de una *Selva* renovada en nueve libros habría que encontrarla en el descubrimiento de Heliodoro, y sus *Etiópicas*, por parte de Contreras. Muy probablemente, la lectura de la narración del autor clásico despertara en el aragonés un deseo por alterar el esquema de composición de su relato, introduciendo en los dos últimos libros la estética propiamente bizantina (castidad, mentiras, mar, doble acción, lloros, fuerzas sobrenaturales, desenlace feliz a través de la anagnórisis y el matrimonio...). Sin olvidar el declarado componente adoctrinador, la *Selva de aventuras* en nueve libros se interesa por el motivo

amoroso a partir del influjo bizantino. Si, como parece evidente, la decisión de recluir a su heroína en un convento y al héroe en una ermita no llegó a agradarle en exceso a Contreras, su decisión de reconducir el desenlace pasó por apropiarse del éxito que le aseguraba la novela bizantina a partir de sus manifestaciones más editadas, y, en este sentido, como ya anunciara Cervantes años después, Heliodoro era el modelo insuperable.

Para nuestra desgracia, el desconocimiento por parte de Menéndez Pelayo del genuino proceso de composición de la *Selva de aventuras* en nueve libros nos privó de sus atinados juicios y de su fina intuición.

Aunque don Marcelino se ayudó para su lectura de la *Selva de aventuras* de una edición del siglo XVI, también tenía a mano un ejemplar más moderno de la misma, la citada edición de B. C. Aribau de 1846 (*Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras*, III: 469-505, reeditada varias veces en el siglo XX), que toma como referencia la edición en siete libros de Zaragoza del año 1615. De poca ayuda le sirvió a don Marcelino esta edición, pues tampoco Aribau llegó a conocer la extraña historia editorial de la novela de Contreras en nueve libros, a la que no se refiere en ningún momento. Volvería a editarse la *Selva*, ya en el siglo XX, en varias ediciones pertenecientes al Patronato Social de Buenas Lecturas, todas ellas referidas a la *Selva de aventuras* en siete libros, incluso la primera de ellas, de principios de siglo, ni siquiera eso, pues publica solamente los tres primeros (*Selva de aventuras de Jerónimo de Contreras*, [libros I, II y III], 1900?; 191?; y 1941?). Finalmente, en 1991, gracias a la amable colaboración de la Institución «Fernando el Católico» de la Diputación Provincial de Zaragoza y del Departamento de Filología Hispánica de la UEX, publiqué una edición conjunta de las dos variantes de la *Selva de aventuras (1565-1583)* (1991) con la intención de dar a conocer ambos textos para su consulta y análisis. Para ello manejé el texto en siete libros de la edición de Barcelona de 1565 y el de la edición de Alcalá de Henares de 1583 en nueve libros. Aunque está pendiente una edición crítica más completa de las abundantes variantes editoriales, me interesaba entonces el aspecto literario que el impresor, por lo que en mi introducción me planteé problemas de conformación del relato a partir de sus dos versiones.

4. CONCLUSIONES

Menéndez Pelayo concluye sus apuntes sobre la Novela Bizantina dejándonos en apenas cinco líneas un resumen de su proceso de evolución. Con

una pasmosa actualidad, sin grandes alardes, el maestro había intuido el camino que conducía a la novela bizantina española desde el clasicismo renacentista del siglo XVI al contrarreformismo barroco del XVII. Así apuntó un panorama para el género que se convertirá en línea de investigación para posteriores estudios: el *Clareo y Florisea* de Núñez de Reinoso era al *Persiles* cervantino lo que la *Selva de aventuras* a *El peregrino en su patria* de Lope de Vega.

Sobre las posibles semejanzas entre los dos primeros relatos, don Marcelino ya había recordado el detenimiento con que Cervantes leyó la novela del alcarreño y, en nota a pie de página, no dudó en sugerir algunas de ellas (el hacerse pasar por hermanos bajo la promesa de matrimonio o las pretensiones amorosas del príncipe Arnaldo hacia Auristela, tan semejantes a las del pirata Menelao por Florisea). Años después, J. Palomo Roberto (1938), abundará en este asunto en su citado artículo, cuyos ejemplos y conclusiones fueron matizadas y ampliadas por S. Zimic (1974-75).

En cuanto al influjo de la *Selva de aventuras* en *El peregrino en su patria* de Lope de Vega, don Marcelino, aunque igualmente breve en su comentario, apunta en la dirección más adecuada al referirse a los «cuadros de viajes» y a los «intermedios dramáticos y líricos» como los motivos más apreciados por el Fénix en la novela del aragonés. Así lo ha entendido también la crítica posterior desde la Tesis Doctoral inédita de R. H. Kossoff (*Lope de Vega's Peregrino en su patria and the romance of adventure in Spain before 1604*), presentada en 1946 en la Universidad americana de Brown, en donde compara la novela de Lope con la de Contreras, hasta el artículo de J. Rubiera Fernández (2002), que se centra en el estudio de los paréntesis dramáticos que entretienen la acción principal de ambos relatos, fundamental como veremos en la posterior estética narrativa del siglo XVII y recurso muy socorrido para dar salida a los versos que los escritores no habían conseguido publicar por separado.

Si en lo que se refiere al nacimiento y evolución del género bizantino en España, Menéndez Pelayo anduvo certero, más desacertado le creo en el análisis sobre la relación del bizantinismo clásico con el español y, sobre todo, con su juicio de que el influjo de Heliodoro en el *Persiles* de Cervantes «es menor de lo que generalmente se cree y de lo que da a entender el mismo Cervantes».

Don Marcelino, tan crédulo a la hora de aceptar las confesiones de Núñez de Reinoso en los Preliminares de su *Clareo*, se muestra sin embargo escéptico en lo que se refiere a la competencia cervantina con Heliodoro. ¿Pretendía de esta manera salvaguardar la originalidad de Cervantes como

narrador y concederle de este modo la merecida supremacía de la novela sin que mediara ninguna ayuda externa, aunque ésta procediera de una fuente tan estimada como la antigüedad clásica?

Desde el temprano artículo de R. Schevill (1906-1907), y la bibliografía sobre el *Persiles* es bien extensa, parece evidente que la novela de Cervantes recibió un influjo de diversos modelos, incluida nuestra tradición bizantina, desde el *Clareo y Florisea* y la *Selva de aventuras* hasta *El peregrino en su patria*, pero es evidente que la influencia de Heliodoro se antoja fundamental desde todos los puntos de vista.

* * * * *

Con sus luces y sus sombras, con sus aciertos y sus lagunas, los *Orígenes de la novela* sigue siendo un libro de obligada consulta un siglo después. Aunque muchos de los juicios de Menéndez Pelayo han sido revisados con el tiempo y precisados y corregidos, su labor investigadora y su trabajo, en lo que se refiere a la Novela Bizantina de Aventuras española, tiene el mérito de iniciar una breve, pero intensa, tradición de estudios sobre el género y de proponer un camino que la crítica posterior viene recorriendo de su mano.